

---

# ***EL PARTIDO POLÍTICO: TRANSFORMACIONES Y PERSPECTIVAS***

*José María Calderón Rodríguez*

## **Introducción**

La teoría del partido político lo ha vinculado a la democracia como uno de sus elementos necesarios y así parece ser. Empero, cuando la democracia no existe, al Estado de partidos (en plural) no se contrapone el Estado antipartido. Regularmente el pluralismo partidista tiene como opuesto al partido único, al monopartidismo, lo que lleva a pensar que el partido (en singular o en plural) es el elemento constitutivo de la política moderna, que refleja e institucionaliza la entrada de las masas en la política.<sup>1</sup> El tema del partido es, pues, un tema grande de la teoría y la ciencia políticas que obliga a analizarlo en sí mismo y en sus relaciones con los demás partidos (sistema de partidos), con la sociedad (*cleavages* y composición de la estructura social) y con el sistema político (sistema electoral). Y precisamente porque se trata de un “tema grande”, su análisis en abstracto (como organización *tout court*) resulta insuficiente e insatisfactoria si no se profundiza en su conformación con otros elementos (precisamente el sistema de partidos, la estructura social y el sistema político) en donde alcanza su pleno despliegue práctico-organizativo y en ese mismo sentido su concreción teórica.

Otro problema relacionado con la teoría del partido político es que si bien el partido es un producto directo y genuino del Estado nacional, su mejor comprensión la tenemos en el campo más amplio de la política comparativa, pues nos ofrece un terreno visual idóneo para las perspectivas y las prospectivas.

<sup>1</sup> Giovanni Sartori, *Teoría del partido e caso italiano*, Milán, Sugar Edizioni, 1982, p. 1 y *Partidos y sistema de partidos. Marco para un análisis*, vol. 1, Madrid, Alianza Editorial, 1980, p. 12

Por todo lo anterior, no nos embarcaremos en un listado de definiciones,<sup>2</sup> sino más bien en la delimitación de relaciones problematizadas de carácter histórico-conceptual y en el uso, cuando venga al caso, de ejemplos o situaciones ejemplares, con el fin de dar cuenta de los cambios y transformaciones del partido político y de su dirección. Desde este ángulo, las hipótesis centrales son dos.

Primera. El partido político es un elemento constitutivo de la política moderna, que expresa e institucionaliza el ingreso de las masas en la política. Así la noción de partido político se puede analizar en dos niveles: en términos *estáticos* y *endógenos*, lo que obliga a subrayar las peculiaridades internas y las formas de *liderazgo* (composición interna, reclutamiento y mecanismos de formación de cuadros y dirigentes), la relación entre *dirigentes, cuadros y bases* del partido y *composición social e ideología*; y, por el otro, en términos *dinámicos* y *exógenos*, lo que lleva a establecer las relaciones del partido con otros partidos (*sistema de partidos*), con la *sociedad* (relación con las rupturas históricas, relaciones con la composición de la estructura social) y con el *sistema político* (sistema electoral, distribución del poder, mecanismos para su acceso, etcétera).

Segunda. El partido político es un *organismo histórico* por lo que tiene orígenes precisos, desarrollos y transformaciones verificables que se expresan en los niveles endógeno y exógeno que señalamos anteriormente. Por esto mismo, resulta de la mayor pertinencia constatar las modificaciones de los partidos políticos y tratar de analizar y entender las peculiaridades e implicaciones de sus transformaciones.

## Los partidos políticos y la sociedad civil

El estudio de los partidos políticos y de los procesos electorales ha ido adquiriendo una importancia creciente en la politología mexicana,<sup>3</sup> precisamente

<sup>2</sup> Cfr. entre otros, M. Duverger, *Los partidos políticos*, trad. de Julieta Campos y Enrique González Pedrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1974 (la edición en francés, 1951; la edición en español, 1957); S. Neumann, *Partidos políticos modernos, iniciación al estudio comparativo de los sistemas políticos*, trad. de Jaime Ojeda, Madrid, Tecnos, 1965 (1a. edición en inglés, 1962); M. Ostrogorsky, *Democracy and the organization of political parties*, Nueva York, Haskell House, 1970, 2 vols.; Anna Oppo, *Partiti Politici* en N. Bobbio y N. Matteucci, *Dizionario di politica*, Turin, UTET, pp. 705-712

<sup>3</sup> Entre otros, S. Loaeza y R. Segovia (comps.), *La vida política mexicana en la crisis*, México, El Colegio de México, 1978, 184 pp.; J.F. Leal, J. Peschard y C. Rivera (eds.), *Las elecciones federales de 1988 en México*, México, UNAM, FCPyS, 1988, 489 pp.; J. González Graf, *Las elecciones de 1988 y la crisis del sistema político*, México, Diana, 1989, 341 pp.; J. Guerrero, *Las elecciones de 1988*, México, Quinto Sol, 1989, 194 pp.

a raíz de las rupturas que ha vivido el grupo electoral tradicionalmente estable y cuyo comportamiento constituye hoy una materia de estudio interesante y significativa. Esta movilidad e inestabilidad electoral es un resultado de la crisis y las catástrofes de la década de los ochenta, aunque sus antecedentes se remontan a las postrimerías de los sesenta. La crisis rompió la centralidad del partido único (como partido *de y del* gobierno) y al mismo tiempo como poderosa y única estructura de intereses y solidaridad, como punto de referencia proyectual y como agente de penetración y de distribución de castigos y recompensas dentro de la sociedad. Sin embargo, hasta ahora no se ha conformado una nueva centralidad alrededor de *los* partidos. Por el momento todos viven un desigual y contradictorio proceso de reestructuración de sus relaciones internas y externas. La década de los noventa podría ser decisiva en la conformación de una nueva sociedad política; es decir, de un sistema político y de un sistema de partidos inéditos.

Frente a una expectativa así, quisiera poner en el tapete otro problema. La sociedad ya no es Penélope que espera la llegada de Ulises, deshaciendo de noche lo construido durante el día. La sociedad no está “congelada” esperando que los partidos definan su nueva forma de ser y de hacer. Por el contrario, el otro dato importante es que los partidos no son ya los únicos sujetos en condición de proponer problemas, de formar la voluntad política y de agregar intereses, no obstante que se mantenga su capacidad de penetración en diversos sectores de la sociedad y que, incluso, se facilite por el hecho de estar regulada por la ley. En el horizonte, sin embargo, la penetración del partido y en particular del partido de masa o de los que pretendían serlo (tal y como los conocimos a partir de los años treinta), parecen haber reducido sus potencialidades para activar e influir en la vida cultural y asociativa del país. El partido de masa no parece constituir más el punto de referencia de la cultura política y de la formación de la ideología, en gran medida debido a lo que podríamos llamar el “crecimiento de la sociedad civil” (resultado del crecimiento económico, de los procesos de secularización y escolarización de masa y de los aún poco estudiados procesos de reagregación y reestructuración social y cultural de la crisis de los ochenta). La sociedad civil ha desarrollado novedosas estructuras de solidaridad y de interés que la han llevado al planteamiento de movimientos socioculturales de gran potencial, algunos de los cuales compiten con los partidos políticos reconocidos legalmente o inclusive se presentan como alternativa frente a ellos.

El electorado se ha transformado. Y con él las orientaciones ideales. Éstas, en efecto, han transitado de la *cultura política* a la *ideología* y de esta última hacia la opinión. En este marco, la preeminencia de los partidos políticos de masa

se encontraba ligada a la época de la ideología, que encontró sus mejores momentos entre las décadas de los veinte y los sesenta. El movimiento estudiantil, desde esta perspectiva, concluye el largo y dramático ciclo de la ideología que se inició con la formalización constitucional de la Revolución Mexicana (1917) y se prolongó a través de las varias fases de desarrollo y reorientación del partido gubernamental (PNR = 1929; PRM = 1938, y PRI = 1946). La crisis de 1968 y la difícil cuestión de la democracia serán las bombas de tiempo que a final de cuentas harán estallar al sistema dos décadas más tarde.

### Los partidos políticos y los modelos de partido

Los observadores políticos concuerdan en considerar que los partidos políticos pueden dividirse en dos grandes categorías en relación a sus funciones *endógenas* y *exógenas*; es decir, en función de las relaciones que establezcan con sus militantes y con el sistema político.

Sigmund Neumann, quien está sustancialmente de acuerdo con Duverger, distinguió en su momento dos tipos de partido: a) los *partidos de representación individual*, y b) los *partidos de integración*. Los primeros eran los partidos "burgueses", entendidos como correas de transmisión entre los intereses individuales o de grupo y el parlamento y el Estado; mientras que los segundos (que eran partidos socialistas) servían, en los términos de Neumann, para integrar a la clase obrera, débil y desorganizada, mediante una serie de estructuras de solidaridad que la acompañarían "de la cuna a la tumba". En esta segunda categoría se consideraba también a los partidos de integración "totalitaria", dentro de los cuales cabían lo mismo el partido bolchevique que los partidos nacionalsocialista y fascista.<sup>4</sup>

Alrededor de los años sesenta, O. Kircheimer<sup>5</sup> introdujo una nueva distinción que, como veremos más adelante, tenía un carácter esencialmente evolutivo. Esta nueva distinción partía de la siguiente premisa: los partidos de representación individual han expresado los intereses del individuo en el proceso político, pero han fracasado paulatinamente en su segunda y más ambiciosa función, que era precisamente la de llevar a su terreno de juego a los partidos de integración.

<sup>4</sup> S. Neumann, "Toward a comparative study of political parties", en S. Neumann (ed), *op. cit.*, pp. 152-153.

<sup>5</sup> "Struttura di partito e democrazia di massa in Europa" en (ed.), *Il partito di massa. Teoria e pratica*, Milán, Angel S. Belligni, 1975.

En otras palabras, para amplios sectores de la sociedad, principalmente frente a los procesos de industrialización, los partidos de representación no constituyeron un modelo idóneo: su concepción de la teoría y la práctica legislativa era tan restrictiva como incapaz de incorporar el potencial político de las masas trabajadoras.

Por el contrario, y siempre de acuerdo con Kirchheimer, aunque el partido de integración de masa no fracasó en su propósito de incorporar a las masas en la sociedad industrial, sí resultó incapaz de integrarlas al sistema democrático y esto por dos razones fundamentales: por un lado, debido al rechazo mismo de los partidos de representación individual y, por el otro, por las dificultades internas de los partidos de integración. De una manera más precisa se podría decir que la integración de las masas en la sociedad industrial no significó su incorporación inmediata y automática al sistema democrático. Entre el rechazo y la ideologización, la politización de las masas, lejos de traducirse en una integración completa al régimen democrático, dio origen a nuevas formas de radicalización política.

Por esta vía, los partidos de representación individual aun cuando sobrevivieron a las consecuencias de los cambios revolucionarios de las primeras dos décadas del siglo, al desmantelamiento de los parlamentos en Alemania e Italia, a la Segunda Guerra Mundial y a los aires de descolonización nacional de África, Asia y América Latina, permanecieron como organizaciones partidarias insignificantes, en el sentido de “no determinar la naturaleza del sistema de partidos”.<sup>6</sup> Por su parte, los viejos partidos de integración, después de un fracaso inicial, y como consecuencia de una serie de procesos externos (aumento del bienestar y redistribución de la riqueza, por un lado, y reducción de los antagonismos de clases, por el otro) se fueron paulatinamente transformando en “partidos *catch all*” (“apaña-todo”) con algunos rasgos peculiares.

Estas consideraciones nos llevan a un análisis más cercano de los modelos de partido que presentan mayor interés, iniciando por los partidos de integración de masa y por los “partidos *catch all*”, que son los que en buena medida han determinado la naturaleza del sistema de partidos.

El partido de integración de masa que se desarrolló entre la primera y segunda guerras mundiales lo hizo en clara contraposición con el partido de representación individual. Éste fue, así lo definió Neumann, un producto liberal, es decir, “típico de una sociedad con un campo político limitado y con un bajo grado de

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 354.

integración”. Fue un partido “efímero”, ligado a las consultas electorales y con la función primaria de “seleccionar representantes”. Por su parte, su opuesto, el partido de integración, se orientó hacia la incorporación estable e integral de sus miembros. El partido de integración se combinó con todas las ideologías (socialistas, comunistas, demócrata-cristianos, católicos, nacionalistas, fascistas, etcétera), aunque su punto de partida original fue el modelo del partido socialista. El partido de integración “exige no sólo una adhesión permanente y un pago regular de cuotas... sino sobre todo una influencia creciente en todas las esferas de la vida cotidiana del individuo”. Otro elemento distintivo se deriva de haber “generalmente ocupado una área de compromisos y responsabilidades cada vez más amplia, garantizando la participación del individuo en la sociedad y su integración en la comunidad”.<sup>7</sup>

El modelo de Neumann coincide ampliamente con el del “partido de masa”, descrito pocos años atrás por Duverger. Y visto que éste en los años cincuenta reflexionó sobre los años veinte y treinta, habría que decir que el modelo de partido de masa que tenía presente no era otro que la social democracia clásica estudiada en ese momento por Robert Michels.<sup>8</sup> Si Neumann habla de partidos que integran al individuo en la sociedad, realizando de rebote una integración “democrática”, que tiende a desalentar toda actividad subversiva, estamos ante la misma conclusión a la que había llegado Michels, identificando esta forma de integración con el inevitable “reformismo” de la SPD, imputable al funcionar dentro del partido la “ley férrea de la oligarquía”.

Ahora bien, si los partidos de masa de los años cincuenta corresponden al partido de integración de Neumann, semejante partido en lugar de ser, como él creía, el modelo del futuro, en realidad se trataba de un sobreviviente de las dos posguerras. La visión de Neumann por lo demás hacía suya una idea muy difundida: la del fracaso de la democracia para integrar políticamente a las clases subalternas y a los nuevos estratos sociales emergentes. Esta idea la encontramos por ejemplo en K. Mannheim, para quien el fascismo y el nacionalsocialismo serían respuestas monstruosas a la necesidad de organización social, cultural y psicológica de los nuevos estratos de población a los que se había concedido el voto y, en particular, de las clases trabajadoras.

De no menor importancia que el modelo de partido de integración de masa, resultan las concepciones de Lenin y Gramsci sobre el partido político. Desde

<sup>7</sup> S. Neumann, *op. cit.*, pp. 152-153.

<sup>8</sup> *Sociología del partido político*. Bologna, Il Mulino, 1966, (1a. en alemán 1911). Existe traducción en español: *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.

luego, las diferencias entre ambos son notorias; pero también lo son las analogías y aquí otorgaremos un mayor énfasis a estas últimas.

Desde luego Gross no se equivoca cuando sostiene que el “partido revolucionario centralizado” tiene su origen en la Revolución Francesa; que su punto de arranque es jacobina, retomada y reforzada ulteriormente por Babeuf y Blanqui; que el modelo es plurideológico, pues lo mismo resulta para la “izquierda” que para la “derecha” y, usualmente, se afirma en los periodos de guerra y/o de desintegración como modelo válido para “todos los partidos protagonistas de un rápido cambio social y de un ataque revolucionario contra los países dictatoriales”.

De sobra es conocido el modelo leninista delineado en el *¿Qué hacer?* (1902): una minoría de intelectuales, de revolucionarios de profesión, capaces de colocarse a la cabeza de las organizaciones de clase como los sindicatos, y de sustraerse al peligro del *tradeunionismo* (es decir, a la negociación del antagonismo clasista), polarizarán y radicalizarán la lucha política en vista de la inevitable caída del capitalismo, mismo que tendrá lugar después de una crisis económica o de una guerra. La Primera Guerra Mundial y la crisis económica de 1929 convencerán a una parte de los dirigentes del movimiento obrero de lo correcto de los análisis leninistas, provocando así una profunda fractura entre socialistas y comunistas. De ésta resultará un partido revolucionario de nuevo tipo, capaz de funcionar en la clandestinidad y en la lucha antifascista (tal y como harán los partidos comunistas italiano y francés), creando así las condiciones para su propio éxito en la segunda posguerra.<sup>9</sup> También Gramsci<sup>10</sup> partía de la noción de crisis, teorizada como “crisis orgánica”, así como de un diagnóstico de la incapacidad organizativa de la socialdemocracia clásica para enfrentarla. Por ello, resultaba necesario conformar un liderazgo dinámico y cohesionado, capaz de movilizar a las “masas” de tal modo que no fueran arrasadas por la crisis tal y como sería para Lenin y Gramsci el destino de la socialdemocracia, en particular el de la alemana.

El modelo de Gramsci (el cual más tarde será *aggiornato* por Palmiro Togliatti para hacer frente a las nuevas exigencias de la posguerra bajo la concepción del “partito nuovo”<sup>11</sup> ofrece, empero, confines más dilatados que los del partido de

<sup>9</sup> F. Gross, *The revolutionary party. Essays in the sociology of politics*, Westport, Greenwood Press, 1974, p. 45.

<sup>10</sup> A. Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, Turin, Einaudi, 1975 (1a. ed. 1949).

<sup>11</sup> P. Togliatti, “Partito nuovo”, en *Opere scelte*, Roma, Editori Riuniti, pp. 370-374.

Lenin. El gramsciano se funda en tres estratos distintos: ante todo “un elemento amplio, de hombres comunes, con características promedio, cuya participación se funda en la fidelidad, no en el espíritu creativo y altamente organizativo”; en segundo lugar, “un elemento de cohesión principal”; es decir, un núcleo dirigente que, a nivel central, dirija y coordine la actividad del partido; y por último, una estructura de dirigentes intermedios en contacto continuo con el núcleo dirigente y con la base de simpatizantes y militantes. El dato sobresaliente es que la relación entre esta estructura de tres niveles y el resto de la sociedad debe ser lo más completa posible. En la medida que la acción del partido se amplíe y difunda, mayor será su capacidad para intervenir en la “crisis orgánica”. Por ello, las clases subalternas deben estrechar sus alianzas con otras clases y grupos sociales a través del partido, así como desarrollar una estrategia capaz de construir una hegemonía alternativa.

El partido de masa teorizado por Duverger, el partido de integración de masa y el partido de Lenin y Gramsci, que Neumann define como partido de “integración totalitaria” (definición que lo acerca más al partido de integración de masa que al partido de representación individual), es la forma de organización política propia de los años treinta a los cincuenta (que en otras latitudes se prolonga hasta los años ochenta); precisamente esa forma organizativa es la que ahora se encuentra en cuestión. Frente a esa forma de partido, Otto Kirchheimer propone, hacia las postrimerías de los años sesenta, una teoría innovadora con el fin de dar vida a una organización partidista más acorde con las transformaciones socio-económicas del capitalismo. En efecto, la teoría de Kirchheimer parte del presupuesto de la existencia de un desarrollo lineal (¿weberiano?) del capitalismo, sin “crisis orgánicas” y con las clases trabajadoras integradas en la sociedad, tanto a través del bienestar (que reduce la intensidad, aunque no la naturaleza, del conflicto de clases) como mediante el *Welfare State*, el cual con las varias formas de asistencia social “de la cuna a la tumba” sustrae tales clases del partido de integración, dando lugar al partido *catch all*, mismo que representa el modelo y el símbolo de la nueva forma de ser del partido político.

Ya alrededor de los años cincuenta, mismos que presenciaron el éxito de *Les Partis Politiques* (1951), de Maurice Duverger, y de la teoría del predominio del partido de integración elaborada por Neumann (1956), el futuro teórico del partido “apaña-todo” escribió un ensayo intitulado *Party Structure and Mass Democracy* (1954), en donde los partidos socialistas eran considerados como partidos de integración en la democracia de masa, en tanto que los partidos conservadores y católicos se analizaban como partidos en crisis, precisamente

por la ausencia de homogeneidad interna resultado, a su vez, de la multiplicidad de grupos de interés enfrentados entre sí. Sin embargo, si a lo largo de la década de los cincuenta los partidos socialistas no enfrentan las dificultades de los partidos conservadores para mediar entre intereses divergentes, aunque no opuestos (como, por ejemplo, entre los obreros y los trabajadores de la burocracia pública), en los primeros años de la década de los sesenta la situación ofrece a Kircheimer un panorama distinto:

La sociedad industrial moderna —escribió— ha contribuido en abatir las barreras entre los distintos elementos de la nueva clase media dependiente: los obreros especializados, los empleados de nivel medio y los cuadros de la administración pública. La analogía de posiciones y expectativas prevalecen sobre las distinciones tradicionales, no obstante que nos encontremos muy lejos de la sociedad de clase media delineada por algunos autores... La fractura que separa esta nueva clase media de los elementos de mayor éxito de las viejas clases medias independientes — artesanos y agricultores con empresas medias— está disminuyendo... Hasta aquí, la lucha entre la vieja clase media independiente y la nueva clase media dependiente es más una lucha para asegurarse una tajada mayor de los mismos recursos que un conflicto de programas recíprocamente incompatibles. Este cambio en las estructuras sociales repercute sobre todos los partidos políticos, independientemente de su denominación oficial. El bajo grado de polarización social es característico de otros grupos, de la misma manera que se observa en las clases medias. Al mismo tiempo, los partidos advierten frecuentemente una mayor comunidad de intereses cuando resisten la invasión de sistemas políticos externos. Las consecuencias son estructuras de partidos más racionales y menos vinculadas a la ideología. Esto hace posible una mayor intercomunicación interpartidaria y eleva la capacidad de los partidos para desarrollar—bajo una ligera capa de coloración ideológica— muchos de los aspectos ligados en un mercado de intereses.<sup>12</sup>

Un proceso como el aquí delineado castiga a aquella parte de la población (viejos, campesinos, pobres, etcétera) que no está integrada en la sociedad y que sólo podrá hacerlo en la medida que los partidos participen en el gobierno. De cualquier manera los cambios sociales exigen una transformación política, la cual se concreta con la mediación del partido *catch all* como una estructura “racional” orientada a optimizar los votos y satisfacer los intereses de la población en general. A este respecto un caso típico podría ser el de la coalición católico-

<sup>12</sup> O. Kircheimer, *Politics, law and social change. Selected essays*, Nueva York, Columbia University Press, 1969.

socialista austriaca, en donde obtener la mayoría es importante para los partidos. Éste no es el caso inglés, en donde debido a su carácter realmente bipolar, las ganancias y las pérdidas electorales son ganancias y pérdidas en las cuotas de poder, debido a que el poder se comparte entre mayoría y minoría.

¿Que cosa es, pues, el partido *catch all* (“apaña-todo”)?

Tratemos de sintetizar, de manera muy didáctica, las *características generales* y las *funciones* que le son propias, atribuidas por Kircheimer.

### Características generales

#### *Partido de integración (precedente a la Primera Guerra Mundial)*

1. Formación intelectual y moral de las masas e intereses universales: su tarea es la de cambiar a la sociedad. Orientación clasista: mejor pocas personas, pero solidarias, que un electorado de vastas dimensiones (mejor una buena organización de partido y un electorado conspicuo y no enorme, que una mala organización y un electorado de mayoría).
2. Factores sociales externos: posible exclusión de algunos estratos.
3. Factores limitantes: la protección de clase y la cultura de clase no se comparten. Intereses claramente contrastantes. Preocupaciones por los resultados futuros, no necesariamente ligados a intereses de clase a largo plazo.
4. Fuerte tendencia a la ideologización. Temas generales que provocan la hostilidad de otros sectores de la sociedad.
5. La ideología está incorporada en el programa del partido, el cual se actualiza periódicamente sin modificar sus principios básicos.
6. La competencia no se realiza en el mismo terreno.
7. Existencia de grupos sociales tradicionalmente muy definidos.

#### *Partido catch all (“apaña-todo”)*

1. Orientado preferentemente hacia el electorado, evita los fines generales y apunta hacia temas y tareas políticas específicas. Seguimiento nacional potencial e interés en alcanzar la mayoría absoluta en el congreso y el gobierno, con el objetivo de formar gobiernos homogéneos, capaces de intervenir con eficacia y propósitos claramente delimitados.
2. Factores sociales externos: apertura hacia cualquier estrato social.
3. Factores limitantes en la cultura y en la estructura de la sociedad: la tradición

para un partido confesional (por ejemplo) y los intereses de clase (trabajo pendiente *versus* trabajo independiente). Estadío avanzado de conflicto de clase e intereses de clase de largo periodo (necesidad de protección estable, por ejemplo, o a través de los sindicatos).

4. Desideologización y concentración en temas que difícilmente encuentren resistencia por parte de la comunidad. “La desideologización en el terreno político implica transferir la ideología de una estructura claramente determinada y dotada de objetivos políticos, a una estructura de fuerzas motivacionales útiles pero innecesarias, que actúan en el momento de la opción electoral”.
5. La conversión al modelo “apaña-todo” es el resultado de una competencia sobre el mismo terreno.
6. Redefinición de los grupos sociales y de sus intereses.

## Funciones

### Partidos de integración de masas

1. Integración: incorporación de marginados.
2. Determinación de prioridades.
3. Selección del liderazgo.
4. Función expresiva garantizada por una permanencia casi ininterrumpida en la oposición.

### *De conservación*

1. Preservación del bagaje ideológico como medio de determinación de las prioridades.  
Electorado fiel: muy predecible.  
Frecuentemente se trata de un síndrome de voto “extremista” (más allá del cual se encuentran el “círculo blanco” y la abstención).

### Partido catch all (“apaña-todo”)

1. El desarrollo económico ha creado las condiciones materiales para la integración indirecta en el sistema socio-institucional.
2. La opción de prioridades está siempre orientada hacia la búsqueda del consenso del mayor número posible de personas.

3. Selección del liderazgo.
4. Expresión de las opiniones de la ciudadanía, pero con la cautela requerida por su papel gubernamental actual o futuro.

### *De transformación*

1. Una drástica reducción del bagaje ideológico del partido.

Un ulterior reforzamiento de los grupos dirigentes del vértice, cuyas acciones u omisiones a partir de ahora se consideran desde el punto de vista de su contribución a la eficiencia del sistema social en su conjunto, más que su identificación con los objetivos de su propia organización.

Una disminución del papel del individuo en el partido, papel considerado como reliquia histórica que puede nublar la nueva imagen del partido *apaña-todo*.

Una menor acentuación de la *classe gardée*, de una específica clase social o de una clientela confesional, para reclutar más bien electores entre toda la población.

Asegurar el ascenso a una variedad de grupos de interés.

Electorado bastante inestable por causas fortuitas: gran imprevisibilidad.<sup>13</sup>

La tendencia hacia el partido “*apaña-todo*” parecía constituir un “desarrollo casi universal” del que, sin embargo, quedaron excluidos hasta la década de los ochenta, por un lado, los dos viejos partidos clasistas de masas de Europa Occidental: los partidos comunistas italiano y francés; los partidos comunistas de los países de Europa Oriental y los dominantes y hegemónicos partidos únicos de integración nacional propios de diversas experiencias nacionales de Asia, África y América Latina.

El pasaje de los años ochenta a los noventa estuvo lleno de sorpresas: por un lado, la caída en cascada de los regímenes políticos de los países de Europa Oriental y su impacto sobre los partidos comunistas de Occidente (inclusive sobre el mismo Partido Comunista Italiano, con mucho el más moderno e influyente de todos); y por el otro, la crisis petrolera y los problemas vinculados al endeudamiento de un sinnúmero de países del llamado Tercer Mundo con la banca comercial privada, tuvieron efectos que se expresaron en términos de ingobernabilidad y creciente pérdida de legitimidad política. Los partidos gubernamentales fueron los primeros en resentir las transformaciones económico-sociales deri-

<sup>13</sup> O. Kirchheimer, “La trasformazione del sistemi politici dell Europa Occidentale”, en G. Silvini (ed.) *Sociologia dei partiti politici*, Bologna, Il Mulino, 1979, pp. 360-361.

vadas en la crisis; pero también los partidos colocados en la oposición, sobre los cuales empezaron a llover demandas y requerimientos sociales inéditos en cuanto a cantidad y calidad.

Los partidos de integración de masa, independientemente de su vinculación con sistemas políticos competitivos o no competitivos, parecieron embarcarse finalmente en la experiencia del partido *catch all* para hacer frente a una creciente demanda política ciudadana. Ésta, en efecto, alcanzó una densidad insopechada al moverse simultáneamente en varias bandas: como demandas sociales y económicas, como exigencias de participación social y política, como reclamación de intereses particulares, como expresión de intereses regionales, como requerimientos de respeto a la participación electoral y a la efectividad del sufragio, como deseos de asociación y agrupación para elevar la voz en torno a requerimientos inmediatos. El concepto mismo de ciudadano y ciudadanía ganó paulatinamente terreno en el lenguaje político, sucediendo a la expresión indiferenciada de *masa* o, inclusive, a la más estructural de la *clase* que dominó en el pasado.

Los cambios en el lenguaje hablan por las mutaciones en las relaciones sociales, de aquí que no resulte ajeno a los sistemas políticos que, con la crisis económica y la consiguiente disolución de las políticas proteccionistas y asistencialistas a favor de las agrupaciones corporativas, el ciudadano (el individuo) irrumpa como nuevo sujeto social.

La existencia histórica del ciudadano está ligada a la Revolución Francesa y forma parte también del proceso de disolución de las corporaciones privilegiadas del *Ancien Regime*. Racionalismo, Ilustración y Ciudadanía constituyen una triada indisoluble y corrosiva que va a modificar drásticamente las viejas relaciones políticas que obstaculizaban el ascenso de la burguesía, el comercio y la industria. Sin pasar por alto las proporciones del caso, la noción de ciudadanía en México y en general en los distintos países de América Latina, parece estar directamente asociada con el agotamiento de una face histórica dominada por la política y su capacidad para asignar y ubicar recursos. El ciudadano reclamaría, por lo tanto, su derecho a existir, a organizarse y a demandar, sin contar con la autorización previa del gobierno, llegando inclusive a la confrontación si tuviera que chocar con obstáculos de carácter político.

La ciudadanía se ha ganado su lugar a la libertad económica y política, y sobre ella, a su vez, se retroalimenta; por eso es viable pensar que se trata de una figura social, sobre la cual se está entretejiendo un sistema cada vez más complejo de relaciones vinculado a transformaciones estructurales y no a un fenómeno pasajero derivado de una coyuntura particular. Esta misma circunstancia es la

que explica la maraña de interrelaciones que se están dando entre los ciudadanos y el gobierno, mediadas por los partidos políticos y que —como se podrá ahora fácilmente colegir— cubren un creciente universo de problemas y urgencias.

## Conclusiones

Los partidos políticos han sido fundamentales en el proceso de formación del Estado moderno y, en el caso de México y otros países de capitalismo tardío, en el proceso mismo de formación de la nación. Por esta causa fundamental, el partido de integración de una masa se colocaba en el *Zentrum* de una sociedad civil atrasada y, hasta cierto punto, estática. El partido cumplía una función “pedagógica” y “modernizadora” al *incorporar, organizar y canalizar* la participación de las grandes masas en la política.

Las transformaciones en acto han alcanzado tal nivel como para dotar a la sociedad civil de crecientes capacidades de auto-organización, de hacer manifiestas las demandas latentes, de buscar formas alternativas de representación en los diferentes niveles de gobierno (local, estatal y federal) y de protestar contra el monopolio de un solo partido. Todo esto tiene lugar en un momento en que la sociedad ha sido “liberada” de una cierta forma de entender el intervencionismo estatal y se ha visto “obligada” a encontrar otros mecanismos de presión para obtener la reasignación de recursos.

La conformación de una sociedad civil más fuerte y organizada lleva a pensar en una estructuración del sistema político no más fundado en el monopartidismo, sino en la existencia de una pluralidad de opciones políticas. Empero, no está dicho que en el horizonte se irá afirmando el partido “apaña-todo”, fundado en criterios de mercado (individualismo, territorialidad, demandas de corto plazo, competencia interpartidaria, etcétera). Por el contrario, podrían emerger nuevas hipótesis políticas neintegracionistas o neofundamentalistas que intentarán sofozar el conflicto, la competencia y la contradicción como gérmenes del cambio.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> La última edición de *Political parties of the world* registra 2 130 partidos políticos en 127 países. Entre las tendencias más importantes destaca el crecimiento: a) del fundamentalismo islámico a raíz de la Revolución Islámica de Irán (1979) y de la Guerra del Pérsico (1989-1990), y b) de los partidos políticos vinculados directamente con reivindicaciones racionales y/o religiosas. Cfr., Alan J. Day (ed.), *Political parties of the world. A Keesings Reference Publication*, Chicago y Londres, St. James Press, 3a. ed., 1988, p. ix.

En el mismo orden de ideas, en México, los tres sectores del Partido Revolucionario Institucional (UNE, CTM y CNC) atañen a la “militancia individual impuesta por el PRI”, la responsabilidad “de las derrotas sufridas en los últimos años”, por lo que exigen que los sectores sigan siendo la “columna vertebral” de esa institución. (*El Universal*, 11 de marzo de 1992, pp. 1 y 20).